

En la recta final

JULIÁN SANTAMARÍA OSSORIO

LA VANGUARDIA - 04/06/2006

El arduo, dilatado y azaroso camino que ha recorrido el proyecto de Estatut toca a su fin y entra estos días en la recta final. El trayecto ha sido accidentado, como era previsible, debido a su complejidad. Primero, hubo que acordar si era necesario y urgente acometer la redacción de un nuevo texto, idea que no compartían todas las fuerzas políticas. Ya en el Parlament la discusión se prolongó durante meses tanto por la dificultad del texto como por las diferencias entre nacionalistas y no nacionalistas y los particulares cálculos políticos de los distintos actores. Por un momento, el proyecto pareció herido de muerte, pero en el siguiente se alcanzó un amplio acuerdo propiciado, según algunos, por Zapatero. Por último, en el Congreso de los Diputados hubo de superar diversos escollos, entre ellos la feroz oposición de los populares, hasta llegar a su aprobación tras varios meses de intensos debates y negociaciones. Se alcanzó el acuerdo sin el deseable respaldo de populares y republicanos, que lo rechazaron por considerar unos que el texto era excesivo y otros que resultaba insuficiente.

Hasta aquí, el protagonismo ha correspondido a los partidos y las instituciones. Ahora les toca a los ciudadanos pronunciar la última palabra. En Catalunya, como en muchas otras comunidades, los ciudadanos coinciden en que el actual Estatut representó un avance significativo para su autonomía, pero aspiran a disfrutar de niveles superiores de autogobierno y de mayores recursos financieros. Sus objetivos eran claros, pero la forma lo era menos. Se ha discutido mucho si para conseguir lo uno y lo otro era o no necesario un nuevo Estatut. El propio Pujol lo dudaba abogando por una lectura más flexible de la Constitución que, a su juicio, podría haberlo hecho posible. Tal vez por entender que el proceso de redacción de un nuevo Estatuto sería costoso, como en efecto ha sido. En cualquier caso, ese fue el procedimiento elegido, y los catalanes decidirán el próximo 18 de junio si aprueban o rechazan un texto que garantiza una notable ampliación del autogobierno y un sistema más ventajoso de financiación.

Los catalanes lo saben. Por supuesto que la mayoría ni ha leído el texto ni conoce sus detalles, pero más de la mitad (53%) entiende que es bueno para Catalunya y para España frente a sólo un 18% que piensa que no lo es para ninguna de las dos. Esa impresión, la positiva, va abriéndose paso con el tiempo. En las últimas semanas ha aumentado en diez puntos porcentuales. La comparten alrededor de dos tercios de los votantes del PSC, ICV y CiU y casi la mitad (46%) de los de ERC. También casi dos de cada tres catalanes piensan que el nuevo Estatut representa una mejora importante con relación al actual. Esa idea se impone también en el electorado de ERC, aunque en una proporción ligeramente inferior. La excepción la ofrecen los votantes del PP, de los que casi el 70% opina lo contrario, es decir, que el nuevo Estatut no mejora el actual.

Los catalanes son muy conscientes del esfuerzo que han hecho los partidos y sus dirigentes para llegar a un acuerdo y valoran especialmente el realizado por Pasqual Maragall y el PSC y, en segundo lugar, la contribución de Artur Mas y CiU. Por el contrario, casi dos de cada tres entrevistados (63%) desaprueba la decisión de Esquerra Republicana de Catalunya de propugnar el rechazo del Estatut frente a sólo un 29% que la ve con buenos ojos. Incluso quienes lo votaron en las autonómicas del 2003 parecen desconcertados, como sugiere su división en casi dos mitades a favor y en contra de la resolución impuesta por los militantes republicanos a sus dirigentes. De hecho, un 53% de sus votantes piensa que el nuevo Estatut representa una mejora importante respecto al actual, un 60% que el Estatut es bueno sólo para Catalunya o para Catalunya y España, y esa misma proporción de sus votantes preferiría que triunfase el sí en el referéndum. Tan sólo entre los populares prevalecen ampliamente las posiciones contrarias, lo que se traduce en una consideración muy negativa del conjunto del electorado respecto a su contribución y la de su líder.

Como suele ocurrir al anunciarse una consulta popular, las aguas han empezado a removerse.

Los ciudadanos tienden a alinearse ya con mayor celeridad que en meses anteriores. Cuando se comparan las cifras de participación y la división entre las distintas opciones, puede observarse un movimiento lento y gradual entre

febrero y mayo que experimenta ahora, a principios de junio, un impulso nuevo. Los valores del sí no han dejado de crecer desde enero entre los electores del PSC, CiU e ICV, se han mantenido estables entre los del PP y tan sólo han sufrido un elocuente descenso en el electorado republicano que, no obstante, aparece estabilizado desde marzo en torno al 45%. Desciende el voto negativo procedente de PSC, CiU e ICV y aumenta sensiblemente el que proviene de ERC y PP. En total, hemos pasado de un escenario 53/ 12 a principios de año a un escenario ahora de 62/ 19 a favor del sí y del no respectivamente. De igual modo, se ha acelerado la tendencia a la participación y así quienes afirman que irán a votar con toda seguridad han pasado del 62% al 73% en las tres últimas semanas.

Que nadie confunda esas cifras con un pronóstico sobre la asistencia a las urnas ni sobre los resultados. Esos son los datos crudos, los que espontáneamente declaran los entrevistados. Ni que decir tiene que no se alcanzará esa cifra de participación, cuyo crecimiento expresa, sin embargo, la importancia creciente que se atribuye al referéndum. Hemos utilizado otro indicador para formular una estimación más aproximada, basándonos en la exactitud con que nos permitió anticipar la tasa de participación en las últimas elecciones autonómicas del País Vasco y Galicia. Ese artefacto refleja también un notable incremento en las tres últimas semanas, en las que la participación aumenta seis puntos porcentuales para situarse en el 57%. No sucede lo mismo con el voto, que muestra en ese mismo periodo una clara tendencia a la estabilidad. Mejoran ligeramente las perspectivas del voto afirmativo, que ahora se sitúan en torno al 70% frente a algo menos del 25% de los votos negativos. Lo que cambia, como es lógico, es el peso de esos votos, ya que un porcentaje de papeletas afirmativas algo superior, calculado además sobre una proporción mayor de votantes, significa un aumento sensible de respaldo al texto.

Se sabe poco acerca de los efectos de las campañas referendarias sobre el comportamiento de los votantes, pero algo más de sus efectos sobre los principales actores. En relación con los primeros es obvio que cabe aplicar algunas de las cosas que sabemos sobre las campañas electorales. Por ejemplo, que la participación será mayor cuanto más importancia se atribuya al desenlace

y más incierto sea éste. Pero también que en estos casos el voto, aun siguiendo la estela marcada por cada partido, muestra siempre una fidelidad menor. Habrá que esperar unos días para evaluar el impacto de la campaña que acaba de empezar. Los actores se juegan mucho en la campaña. No cuenta sólo la posición que defienden, sino la credibilidad y la pertinencia de sus argumentos. Los intentos por distorsionar el sentido de la consulta o por obtener beneficios colaterales suelen tener consecuencias muy negativas para todos. Europa está hoy políticamente paralizada porque los franceses utilizaron el referéndum de la Constitución Europea para castigar a Chirac.

JULIÁN SANTAMARÍA OSSORIO, Catedrático de Ciencia Política de la UCM y Presidente del Instituto NOXA Consulting